



con el retrato de los héroes criollos que fundaron el Estado colombiano. Una historia, en fin, que miraba la nacionalidad desde la altura de la altiplanicie central.

Hoy, cuando la nación ha comenzado a traspasar esas fronteras mentales, encuentra una realidad plural y un tejido contradictorio. Basta mencionar, por ejemplo, que los focos mayores de pobreza coinciden con aquellas regiones geográficas de mayor ascendencia negra, o sea con las dos costas colombianas, la del Caribe y la del Pacífico. Este argumento podría validar la tesis que quiere demostrar Manuel Zapata Olivella: que existen formas veladas de discriminación, y que hay cierta coincidencia entre dominación de clase y subyugación étnica.

Con todo, en este libro es visible una dificultad. La de un documento elaborado desde una perspectiva militante, en la que sobresalen los argumentos ideológicos o políticos, por encima de la indagación directa de los hechos, que es muy débil. Aunque bien escrito, como corresponde a un escritor que ya se ha probado en novelas reconocidas, como *Changó el gran putas*, el libro se resiente por el carácter reiterativo y hasta monotématico de las tesis y por sus fuentes secundarias, basadas en las investigaciones de Aguirre Beltrán, Darcy Ribeiro y Senghor. Queda la impresión de que el texto es una recreación, o una traducción, o una trasposición del pensamiento de otros pensadores al medio colombiano o al medio americano.

No obstante, el libro tiene el mérito de despertar el interés por una selec-

tura de la historia colombiana, que considere en forma más seria la raíz africana de buena parte de nuestra naturaleza, de nuestra población y de nuestras costumbres. Sin una investigación sistemática de esta naturaleza, el concepto de identidad cultural colombiana siempre seguirá siendo o hipostático o fragmentario.

A nuestro modo de ver, el caso ameritaría la creación de un Instituto de Estudios Afroamericanos, que además debería servir como puente para la comunicación de las ciencias sociales de Colombia con Afroamérica (el Caribe, Venezuela y Brasil) y con el continente africano, sin perjuicio de apoyar de veras los esfuerzos de algunos pioneros concentrados en el Instituto de Estudios de la Cultura Negra. Un instituto de alto nivel de esta naturaleza debería localizarse en algún punto de la costa caribe y debería incorporar y estimular el desarrollo de todas las ciencias sociales en una perspectiva interdisciplinaria, con proyección en el subcontinente. Sólo de esa forma podría remediarse ese atraso indicado en los estudios sobre la población de origen africano, que contrasta con la magnitud y con la importancia de la población negra en la historia de Colombia.

GABRIEL RESTREPO FORERO
WILLIAM TORRES C.

Una colcha de retazos

La encrucijada de la sinrazón y otros ensayos
Salomón Kalmanovitz
Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1989,
155 págs.

El profesor Salomón Kalmanovitz acaba de publicar un nuevo libro, en gran medida distinto de los otros textos que le conocíamos. Aparentemente se identifica con sus anteriores investigaciones en que el libro que ahora comentamos —*La encrucijada*

de la sinrazón— también está constituido por ensayos. En verdad, Kalmanovitz se ha conocido más por su calidad de ensayista —sobre todo en temas económicos e históricos— que por haber producido libros en el estricto sentido de la palabra; vale decir, como elaboraciones intelectuales coherentes e hilvanadas o que respondan a una estructura narrativa y lógica profundamente articulada. Recordemos, solamente que la casi totalidad de los textos de Kalmanovitz son conjuntos de ensayos —con la excepción del libro *La agricultura en Colombia*—, pues el primero versaba sobre el desarrollo del capitalismo dependiente, que reunió las contribuciones del autor a la desaparecida revista *Ideología y Sociedad* durante el período 1973-1977. El otro libro, *Desarrollo tardío del capitalismo*, es un conjunto de ensayos críticos a la teoría de la dependencia, que presentan una serie de temas de comercio internacional e historia y economía colombiana y latinoamericana.

El tercer libro, *Economía y nación*, también constituye, pese al esfuerzo del autor por hacerlo más coherente, una recopilación de ensayos escritos en distintas épocas (desde el artículo sobre el régimen agrario en la época colonial, publicado originalmente en *Ideología y Sociedad* (núm. 13 de 1975) pasando por el que versa sobre el régimen agrario durante el siglo XIX, publicado inicialmente en el tomo II del *Manual de historia* (Bogotá, Colcultura, 1979), hasta llegar a otra serie de artículos sobre industrialización, violencia y evolución económica durante el Frente Nacional). En fin, casi toda la producción teórica e investigativa de Kalmanovitz se ha expresado en la producción de un diverso tipo de ensayos, hay que decirlo también, de desigual calidad y rigor. Luego de conocerse la trayectoria investigativa de Kalmanovitz, era de esperarse que un nuevo libro de "ensayos" —en seguida discutiremos si esta producción amerita tal denominación— siguiera por lo menos la senda rigurosa y coherente de los libros antes evocados.

Sin embargo, Kalmanovitz, no se sabe por qué circunstancia —si el afán de publicar, el desencanto poli-

tico, el intento de sobredimensionar lo académico, váyase a saber por qué otras recónditas razones—, publicó un texto que en gran medida demerita su trayectoria investigativa. Antes de considerar propiamente el libro objeto de esta reseña, es necesario mencionar cómo a la investigación social en Colombia la está matando ese excesivo afán ensayístico, que supone que la mayor parte de los libros publicados no sean resultado de investigaciones rigurosas sobre un tema, sino que en buena parte sean incursiones apresuradas por muy diversos campos del saber, arañados tan sólo superficialmente. Los ensayos son importantes siempre y cuando no se conviertan en el sustituto obligatorio de la investigación real, que ponga de presente el trabajo artesanal —“de hormiguita”— que ni la informática ni la tecnología podrán sustituir, si es que se quiere seguir pensando en la investigación como una creación del espíritu humano. No es sino observar la producción actual de las ciencias sociales en nuestro país, para poder detectar la irresponsabilidad de muchos autores que, uno tras otro, publican colecciones de “ensayos”, que suelen ser simples superficialidades sobre un variado conjunto de temas.

La encrucijada de la sinrazón —entrando ya en materia— en realidad no es un libro, si por tal entendemos un producto intelectual integral y coherentemente elaborado y no una cantidad de páginas con una cubierta, sino una serie de escritos de muy desigual nivel, algunos de los cuales sí son ensayos, pero otros ni siquiera alcanzan ese calificativo. Aun-



que Kalmanovitz clasifica en tres grandes temáticas sus “ensayos”: la primera parte la denomina Violencia, la segunda Historia y la tercera Esoteria, en realidad esa clasificación no es del todo convincente. Porque, por ejemplo, ¿cómo clasificar dentro de los temas de “esoteria” a la universidad y la cultura? ¿De esta forma no se le quita el nivel académico a un tema de tanta trascendencia, dado que es precisamente el ámbito académico el que Kalmanovitz quiere hacer resaltar? Bueno, pero en realidad el problema de fondo no reside en que Kalmanovitz haya efectuado esa clasificación temática de su libro. Más problemático me parece que haya publicado en la mayor parte de los casos unos textos a los que no corrigió ni siquiera en materia formal ni estilística, y donde existe un sinnúmero de repeticiones. A lo largo del texto, con el mismo tipo de argumentaciones, y casi con las mismas palabras, se repiten, verbigracia, las exposiciones sobre el origen de la intolerancia (lo que Kalmanovitz llama el “pecado original”); el feudalismo y semifeudalismo, que ya nos ha presentado en *Economía y nación*; las diferencias regionales, el neoliberalismo, la influencia del clero en la vida colombiana. Todos estos temas, cruciales para entender a la sociedad colombiana, habrían podido ser abordados por Kalmanovitz con mayor altura, si éste hubiera querido trabajarlos en profundidad, con el rigor de un experimentado investigador social y no con el apresuramiento de un principiante.

Por los aspectos hasta ahora mencionados, podemos decir que es bastante difícil elaborar una reseña de *La encrucijada...*, pues éste es una colcha de retazos, donde hay desde informes semiburocráticos (el tema de economía y violencia, presentado a la comisión barquista de estudios sobre la violencia —los famosos “violentólogos”—), pasando por reseñas de libros (comentarios a *Bases de economía contemporánea*, de Antonio García y a dos libros de José A. Ocampo), hasta llegar a unos artículos confusos de diversa índole, como la discusión con Juan Diego Jaramillo, o el texto sobre economía y psi-

coanálisis y el de *rock* en español). ¿De una mezcla tal qué se puede reseñar? Tal vez, únicamente, los aspectos comunes que ya mencionamos antes, o las sobresalientes apreciaciones que el autor efectúa por momentos. Entre algunas de esas apreciaciones están su crítica al resto de la intelectualidad criolla, de la misma generación de Kalmanovitz, que hoy forman parte de organismos gubernamentales o de los partidos tradicionales. Su crítica clara a aquellos economistas que exaltan desmedidamente los resultados “benéficos” de la política económica, y que ven en ésta una nueva variable, determinante para el desarrollo de un país. Su apreciación del entrecruzamiento de diversas formas de violencia en la sociedad colombiana actual y la manera como se ha generado una alianza entre la vieja y la “nueva” derecha. Y su crítica a la intolerancia cultural, expresada en la persecución de que el mismo Kalmanovitz ha sido víctima por publicar un texto de historia para bachillerato. El problema es que gran parte de estas ideas, importantes en el contexto cultural actual que vive el país, quedan malogradas o perdidas, porque aparecen aisladas o descontextualizadas y no siempre responden a una argumentación consistente. Para sólo referirnos a uno de esos debates, digamos que con los elementos sueltos de crítica a la vieja y “nueva” historia, Kalmanovitz hubiera podido elaborar, en lugar de tantos artículos que tienen casi todos la misma argumentación, un verdadero ensayo sobre el estado y las perspectivas de la historiografía colombiana.

Aunque en la Introducción al texto, Kalmanovitz reconoce las fallas evidentes de que adolecen los “ensayos” publicados, ofrece una serie de autojustificaciones en realidad poco convincentes. Nos dice que son “incurSIONES desprevenidas e inseguras” (pág. 15); bueno y ¿por qué no se pulieron hasta ser aportes más seguros? Con razón el autor critica la especialización, porque implica una “pérdida de inteligencia” (pág. 15), pero esta crítica tampoco puede suponer caer en el extremo opuesto de pretender romper la especialización con la apreciación ligera y con poca

fundamentación analítica y documental. De la misma forma, pese a que al finalizar la Introducción Kalmanovitz solicita a aquel que pretenda "juzgar mi trabajo [...] le agradecería tener en cuenta su evolución y sus fuentes" (pág. 18). Si nos atenemos a los dos aspectos podremos decir que, en verdad, las fuentes usadas en la mayor parte de los casos son bien pobres (para el caso de la relación entre economía y psicoanálisis la pobreza de fuentes es notoria, y más bien sobresalen una serie de lugares comunes). Y, evidentemente, si hay una evolución, la del militante político al desencantado académico, que piensa, como lo deja vislumbrar en algunos párrafos, que la academia y la Universidad Nacional son receptáculos de las importantes transformaciones "progresistas" que sufre el país, cuando quienes recientemente pasamos por las aulas de la Universidad Nacional sabemos que el cuerpo científico y académico reproduce los mismos vicios clientelistas del sistema, que no pueden ser remediados —como lo cree Kalmanovitz— con la creación de una cátedra de español o con la formación de posgrados que incluso en la Nacional son de dudosa calidad.

Y por último Kalmanovitz nos hace otra recomendación: "Para el lector que busque acercarse a la verdad (?) no tengo sino una advertencia: que éste es un punto de vista más y que lo considere por los méritos que quiera encontrarle, pero sobre todo, que lo contraste con las posiciones e interpretaciones que enfrenta". En realidad, esta es una recomendación sana pero insuficiente. Porque Kalmanovitz, que, escribiendo, ha sido un incisivo polemista (recordemos las polémicas de hace algunos años con L. Currie, M. Arrubla y más recientemente con J. A. Ocampo), comete el gran error de no facilitar al lector desprevenido ni la argumentación íntegra de sus contradictores ni mencionar siquiera las fuentes en las que se expresan sus antagonistas. Por ejemplo, cuando el autor intenta polemizar con Gutiérrez Girardot o sus alumnos, ni siquiera menciona el lugar donde aquellos se han expresado; tampoco deja claro cuáles son

los historiadores que se han vuelto asesores presidenciales o que han escrito apologías de ciertos gremios (¿como la Sac?) o han hablado del linaje de los actuales dignatarios. En rigor, Kalmanovitz al respecto debió ser mucho más concreto.

En fin, *La encrucijada de la sinrazón* (a propósito, ¿no sería mejor decir la encrucijada de la razón?) es un texto profundamente desigual, repetitivo, con muy pocas fuentes, y sólo lo salvan unas cuantas ideas brillantes pero aisladas. Muchos de los textos quedaban bien como artículos de prensa pero no publicados en un libro de ensayos (tal como sucede con el artículo sobre *rock* en español, que fue publicado después que desapareciera esa "moda", lo que hace muy dudosa la afirmación de Kalmanovitz, con la cual cierra su libro, respecto a que "quizás termine siendo que el *rock* colombiano tenga más vida que el propio país" (pág. 155), porque de tanto "ensayar" se corre el riesgo de seguir haciendo cosas poco serias.

RENÁN VEGA CANTOR

Banano explosivo

Urabá. Colonización, violencia y crisis del Estado

Fernando Botero Herrera

Universidad de Antioquia, Medellín, 1990, 198 págs.

En 1964, cuando el geógrafo norteamericano James Parsons realizó su conocida investigación sobre Urabá (*Urabá, salida de Antioquia al mar*), la cual fue publicada posteriormente por Corpourabá, se refería a la excepcionalmente rápida inmigración de colonos atraídos a la región por las nuevas posibilidades de remuneración económica que acompañaban a la iniciación del cultivo del banano. Esta situación, según él, estaba creando "...un cúmulo patético de proble-



mas sociales, para los cuales las soluciones son tan costosas y complejas que están fuera del alcance de los empobrecidos gobiernos departamentales y nacional" (pág. 138). Esto, sin embargo, no disminuía en absoluto la entrada de nuevos migrantes a la promesa que representaba Urabá.

Más adelante, el geógrafo llamaba la atención sobre el hecho de que las llanuras de Urabá estaban en manos de más de 200 compañías pequeñas o de individuos que "...no sienten una obligación definida hacia los problemas sociales colectivos de esta región de crecimiento traumático. Su inmensa población transitoria, recién llegada y sin raíces en la tierra, se deja casi totalmente abandonada. Ninguna autoridad existente ha dado alguna indicación de que sea capaz de empezar a enfrentarse con los problemas enormes que han resultado de la abertura de la selva" (pág. 140). En el mismo sentido se refería Eugenio Sanín Echeverri en un artículo publicado en la Revista Javeriana en 1965, en el cual llamaba la atención sobre las características especiales de la colonización en Urabá y sobre los peligros implícitos en el acelerado desarrollo de la región. Entre estos, la principal limitación para el progreso de Urabá a su juicio, era la ausencia de acción oficial seguida de la falta de organización de una clase dirigente y de una clase media radicadas en la región.

Casi treinta años después, Fernando Botero Herrera constata en la falta de una presencia efectiva del Estado en Urabá, una de las más importantes explicaciones a la persistencia de la violencia en esta región.